

Una búsqueda metafísica *

Bernard Delvaile

Walter Benjamin "vaga"¹ en los pasajes de París. Rousseau pasca al mismo tiempo que herboriza. En tanto que Nerval, Hölderlin y numerosos héroes del romanticismo alemán erran, sin destino, expulsados de sí mismos. La errancia como búsqueda metafísica.

Flânerie, paseo, errancia, el mismo rostro de una búsqueda que es preciso no confundir. Contrariamente a los otros dos términos, la palabra "errancia" durante mucho tiempo causó temor, como si representara —y tal vez en algún modo fue cierto— una especie de locura. Aparece en el siglo XII. Posteriormente desaparece, para reaparecer a fines del siglo XIX. En francés, el diccionario *Litttré* la ignora y el *Larousse* la define vagamente como "la acción de errar".

* Tomado de *Magazine littéraire* 353 (1997): 18-21. Traducción de Jhon B. Orrego, revisada por Patricia Simonson.

¹ N. del T.: En el texto original, *flâne*. El diccionario Encarta propone como traducción "flanear" y lo define como un galicismo que significa "vagar, callejar, zangolotear", significado que dista mucho de *flanêr*. Las traducciones que propone el diccionario bilingüe *Larousse* del verbo *flanêr* (vagar, callejar, gaudular, perder el tiempo, matar el tiempo) tienen una connotación peyorativa, ausente del significado que da el diccionario monolingüe *Petit Robert*; en éste, se define como "caminar sin precipitud, sin destino preestablecido, entregándose a la impresión y al espectáculo del momento" [traducción nuestra]. Pensamos en "deambular", cuyo significado es más cercano a *flanêr*: No obstante, en vista de la ausencia del sustantivo para describir a la persona que deambula, como equivalente de *flanêur* —término bastante aludido en el original—, así como de lo pesada que resultaría una perifrasis, hemos optado generalmente por mantener los términos franceses *flanêrie* —que describe la acción de flanêr— y *flanêur* —la persona que *flâne*— con el propósito de conservar su especificidad respecto a otras palabras más o menos afines.

Si la *flânerie* y el paseo corresponden a un ámbito visual, incluso anecdótico, la errancia es propia de un estado mental, y su finalidad, a menudo, no está definida. Es un término más propio de la búsqueda metafísica. ¿Será que los perros llamados errantes conocen esta preocupación? Quizás. Nunca lo sabremos. Baudelaire no fue ajeno a su destino: "Canto a los perros calamitosos, a los que erran, solitarios, en los torrentes sinuosos de las enormes ciudades, así como a los que han dicho al hombre abandonado, con sus ojos parpadeantes y espirituales: '¡llevame contigo y con nuestras dos miserias cons-truiremos tal vez una especie de felicidad!'". La *flânerie* es esencialmente urbana, como bien lo ha mostrado Walter Benjamin en *París capital del siglo XIX*. El *flâneur* parisino camina por los pasajes cubiertos, el de "Princes" o "Panorama", por las vitrinas de los joyeros de la Rue de la Paix o de los grandes almacenes cuando se acerca Navidad. El *flâneur* camina, con la nariz hacia lo alto, para observar los balcones y los mascarones de los antiguos hoteles particulares del Marais² o para contemplar los reflejos del sol en la arquitectura de vidrio de un rascacielos neoyorkino. En su *Grand Dictionnaire Universel*, Pierre Larousse anota: "En primer lugar, están los *flâneurs* de los bulevares, cuya existencia entera transcurre entre la iglesia de la Madeleine y el Théâtre du Gymnase. Cada día los ve regresar a este espacio reducido que nunca trascienden, contemplando las vitrinas, contando los clientes instalados en la entrada de los cafés". Son los *flâneurs* de la "hora verde", la del ajenjo, tan apetecido por Charles Cros. El *flâneur* camina por los grandes bulevares, donde, como dice la canción, "hay tantas cosas, tantas cosas para mirar". La *flânerie* es gratuita. Se puede decir que el *flâneur* sigue una mirada, una silueta, que pronto abandona. Walter Benjamin escribe: "la fantasmagoría del *flâneur* no es otra que descifrar en los rostros la profesión, el origen y el carácter". Hay en ello algo de juego y de ocio, y un poco de espionaje. *Flâner*, para Edmond

²N. del T.: barrio parisino que permaneció intacto tras las grandes transformaciones realizadas en el siglo XIX.

Jaloux, es "salir cuando nada nos obliga y seguir la inspiración como si el mero hecho de proseguir a la izquierda o a la derecha constituyera en sí mismo un acto esencialmente poético". El *flâneur* tiene el ojo atento: lo que nos enseñan Aragon en *El campesino de París*, Breton en *Nadja* y Fargue en *El peatón de París*. La errancia, por el contrario, nos obliga a salir.

El paseo es otra cosa. Es más bien rural, incluso si se trata de parques o jardines públicos. De los tres términos —*flânerie*, paseo y errancia—, es el único que se acomoda a un medio de locomoción, bicicleta o coche de caballos. Es más rápida y más lineal que la *flânerie*, siempre más o menos improvisada y menos aleatoria y angustiada que la errancia. El paseo se inscribe dentro de esta necesidad vital común y tan cara a numerosas generaciones: la de tomar aire. No se lleva a un niño a *flâner*, ni a errar, pero sí de paseo. Se pasea en los senderos del Bois de Boulogne o de Hyde Park para ser visto. El *flâneur*, incluso si desea ver, prefiere el anonimato. Todo policía es un *flâneur*. Es el papel que tanto le gusta desempeñar a Edgar Allan Poe en *El hombre de las multitudes*: "Y como las sombras de la segunda noche se acercaban, me sentía herido de muerte, y deteniéndome bien erguido en frente del hombre errante, puse mis ojos intrépidos sobre su rostro. Él no me prestó atención, pero prosiguió su paseo solemne". El paseo también cuenta con una finalidad social. En el campo se trata de ir a tomar el té donde los vecinos, lo que se llamaba una visita de cortesía. De este modo, los poetas *lakistas*³ Coleridge, Wordsworth y de Quincey, caminaban varios kilómetros entre Grasmere y Rydal Mount —bordeando el lago de Windermere, entre la vegetación del bosque— para hacer de la visita. Thomas de Quincey escribió un libro poco conocido, cuyo título en francés es *Stewart, le marcheur* [Stewart, el caminante]: "Sus ejercicios pedestres, sumados a su modo de vida frugal, lo habían mantenido en tan buena forma, que

³N. del T.: estamos traduciendo literalmente aquí el término que el autor francés inventa para traducir la expresión inglesa *Lake poets* (poetas de los Lagos), que se refiere al grupo de poetas del romanticismo inglés establecidos en el noreste de Inglaterra, en la región llamada *the Lake District*.

parecía tener no más de veintiocho años, pese a que por esa época hacía rato que había superado los cuarenta; por lo menos, el rostro que conservé en mi memoria durante años era el de un joven". Imanuel Kant, cuyos "últimos días" fueron narrados por de Quincey, tenía la costumbre de informarse durante su caminata diaria y regular sobre los sucesos de la Revolución Francesa.

Rousseau fue el ejemplo típico del efecto provechoso de la caminata, una de cuyas finalidades más encantadoras es la herborización: "La vida que llevo desde hace diez años en el campo no es más que una herborización constante". En efecto, recolectaba las hojas compuestas y las plantas umbelíferas de las colinas de París: "Una vez en las colinas de Ménilmontant, tomé un sendero entre los viñedos y las praderas, cruzando hasta Charonne el alegre paisaje que separa los dos pueblos. Luego, tomé otro camino por las mismas praderas". Hay un elemento helvético en la caminata botánica. Recordemos a Charles-Albert Cingria. ¿Dónde se herboriza mejor sino en Suiza, en Engadine, en donde coger la menor flor de las praderas está estrictamente prohibido? Pero mientras mayor sea la altitud, más parece que las flores reflejan, en sus corolas, la inocencia y el frescor de los primeros días. Hay que releer los *Viajes en zigzag* del ginebrino Töpffer.

Es aquí donde el paseo o la caminata linda con la errancia, elemento esencial del romanticismo alemán. Los personajes solitarios de los cuadros de Caspar David Friedrich erran, mas no caminan, en los vastos bosques de abedules en las costas del mar Báltico o por las orillas de los estanques que reflejan, con un fulgor glacial, boreal, los últimos destellos del crepúsculo. La errancia, por primera vez, se acompaña de incertidumbre, de misterio, de temor; en suma, se torna mística. El *Paisaje de la isla Rügen*, el más célebre de los cuadros de Friedrich, ilustra perfectamente la búsqueda metafísica de Heinrich von Offerdingen, el personaje de Novalis. Un hombre adosado a un árbol, una mujer vestida con un traje rojo señalando a un tercer personaje (¿el amante cuya devoción desea asegurar?) una flor inaccesible al

borde del acantilado, mientras que, a lo lejos, en el mar, dos velas blancas definen la distancia. Veamos lo que nos dice Novalis: "No lejos de allí, se alzaban unas rocas azuladas con unas vetas jaspeadas... pero lo que atrajo su atención de un modo irresistible fue, surgiendo al borde mismo de la fuente, una gran flor de un azul etéreo que lo rozaba con sus alargados pétalos resplandecientes...". Más tarde, Gustav Mahler escribirá las "Canciones de un compañero errante".

Heinrich von Offerdingen, al igual que los personajes de Friedrich, está en pos de un remedio para una insaciable *Sehnsucht*,⁴ a la vez sentimental y metafísica. Todos ellos siguen el consejo que, en Nietzsche, le da la Sombra al Viajero: "Camina bajo aquellos pinos y mira las montañas tras de ti, el sol se pone". Es el mismo mito del *Wanderer* (errabundo), que se encuentra en toda la poesía y la música románticas de Alemania (por ejemplo, en el *Lied* "El errabundo" y en la "Fantasía del errabundo" de Schubert). El "Viajero" de Goethe, tras una pausa, reanuda su marcha: "¿A dónde lleva este sendero? ¿Más allá de la montaña? —Más allá, Extranjero". Mito que unos decenios más tarde encontrará su perfecta ilustración en *Siegfried*, en donde Wotan, que ha descendido a la tierra con los rasgos, él también, del *Wanderer*, con la capa y el sombrero disimulando su mirada, renuncia a su poder divino para llevar la vida errante y misteriosa del proscrito. Extrañamente (no tanto si se tiene presente que entre el universo germánico y la tradición hebraica existen vínculos conflictivos y amorosos), el principal dios de la mitología germánica se identifica con el Judío errante: "¡Adiós, Judío errante, viajero feliz y sin destino!", exclamaba Apollinaire en *El pasante de Praga*; el Judío responde: "Vivo una vida divina, como un Wotan que nunca está triste. Mas intuyo que debo marcharme".

Ese viajero errante es también Zaratustra: "Y sé una cosa más: estoy ante mi última cima, ante lo que pude evitar durante el tiempo más largo. ¡Ay! Tengo que proseguir mi camino más

⁴ N. del T.: en principio, este término recurrente entre los románticos alemanes significa algo como "anhelo", "aspiración infinita".

lacro; la de Nerval, la de la noche estrellada, que conduce a la muerte. Pero aquí aparece, casi por primera vez, una nueva forma de errancia, la errancia urbana que atestigua el nacimiento de las metrópolis. Ya no es la búsqueda de un más allá, sino la búsqueda de sí mismo, con lo que ello comporta de suicida. Es justamente el caso de Nerval, de quien siempre se cita la última carta escrita a su tía, el 24 de enero de 1855, dos días antes de ahorcarse en la calle de la Vieille-Lanterne: "No me esperes esta noche, la noche será negra y blanca".

Un día de invierno, un cielo gris sobre la ciudad. Nuestros pasos nos conducen, sin que sepamos por qué, hacia barrios que conocemos muy poco o en absoluto. Unos cruces aparecen en nuestro camino. ¿Cuál calle tomar? ¿Esta o aquella? ¿Adónde nos conducirá? Todo se convierte en signo. El apellido de un médico, de un abogado, de un comerciante en una placa de cobre o un anuncio, todo se interpreta como un mensaje de no se sabe qué: ¿Esperanza? ¿Agresión? Todo parece tomar un sentido, a menudo nefasto. Un presagio, un presentimiento, la impresión de estar desposeído de sí mismo. Todo ello puede terminar ya sea en la morgue o en la suavidad del hogar reencontrado, después del pavor...

El suicidio de Nerval es el resultado de su errancia sin fin en las calles de París, durante la cual se extravía: "Y comparo esta serie de pruebas que he atravesado a lo que antiguamente se representaba como un descenso a los infiernos".

La errancia de Nerval es una huida ante el rayo. Erra como si el fulgor lo persiguiera, como si el cielo se entreabiera sobre él, en el mismo París que aparece en los grabados de Charles Meryon entre 1852 y 1854. A juicio de Walter Benjamin, "las calles de París, en Meryon, son fosos sobre los cuales, arriba, pasan rápidas las nubes". Nerval erra desde Clichy hasta Notre-Dame des Victoires, desde Montmartre hasta la Place de la Concorde, desde la rue Saint-Honoré hasta Notre-Dame de Lorette. "Yo erraba por las calles, al azar... A partir de ese momento, erré presa de la desesperación en los terrenos baldíos que separan los barrios más alejados del límite de la ciudad... volví a mis peregrinaciones alrededor de París".

difícil. ¡Ay! He comenzado mi viaje más solitario". Búsqueda incesante de un imposible más allá. Una cima siempre esconde otra, y el mar baña invisibles playas, las de "las islas dichosas". La errancia es la búsqueda del Paraíso o... del Infierno.

Unos años antes de que Nietzsche hiciera abandonar a Zarathustra su país natal para refugiarse en las montañas, otro errante había atravesado Francia para retornar a su país natal. En enero de 1802, Friedrich Hölderlin trabaja como preceptor de los hijos del consul alemán en Burdeos. Su estadía, que continúa siendo un misterio, culmina en abril. El nueve de mayo recibe el permiso de salida. De esta errancia, que fue su regreso, ignoramos casi todo, excepto que atravesó Francia a pie. Menos de un mes para ir de Burdeos a Estrasburgo, y un tanto más para recorrer los 150 kilómetros que separan ésta última de Nürtingen. Cerca de Blois, desde lo alto de su balcón, una dama avistó al parecer a un hombre errante en la llanura. Es todo lo que sabemos. Dejemos al errante el derecho supremo de errar. Siempre está dividido, separado y siempre golpeado. Respetemos a los que los dioses han golpeado: "Puedo decir con razón que Apolo me ha golpeado", escribe Hölderlin a Casimir Ulrich Böhlendorff en el otoño de 1802. Lo mismo le sucederá a Nerval. ¿Y si la errancia fuera la búsqueda de Dios? San Pablo, otro errante, en el camino de Damasco.

Los héroes románticos alemanes solían errar en la montaña, como si elevándose por encima de las brumas del Norte y alcanzando la línea de separación de las aguas, buscaran entrever las colinas soleadas, los cipreses y las viñas de Toscana ("el país de las viñas", escribe Hölderlin), los mármoles de Grecia, en suma, la claridad y el equilibrio apolíneos. En *Aurelia*, según la expresión de Jean Guillaume, "uno de los pocos textos franceses que pueden considerarse románticos y cercanos a las obras alemanas de comienzos del mismo siglo", Gérard de Nerval, también, erra; primero, en Alemania, en 1854, luego más allá de las montañas de la Luna y de la antigua Etiopía, hasta ser, a su vez, golpeado: "Durante mi travesía por la montaña, la noche había caído". La errancia de Hölderlin llevaba la marca de la luz, que conduce a la locura o a su simu-

Si la errancia se calcula por el número de domicilios, Baudelaire fue errante; por el número de desplazamientos, Maupassant también lo fue. En su caso, se habló de "dromomanía". Según Walter Benjamin, para escribir sus novelas, Dickens necesitaba "del inmenso laberinto de las calles de Londres, en las que erraba incesantemente". Pero el gran errante de las calles de Londres es Thomas de Quincey, y nadie se ha referido a él con tanta comprensión, incluso fraternidad, como Baudelaire. El suceso capital de la vida de De Quincey es la aparición de Ann, la prostituta enferma que, durante un tiempo, será su única compañera y su refugio, que perderá de vista y que buscará durante toda su vida en las calles de Londres: "Fue, entre las pruebas que la mayoría de los hombres encuentran en esta vida, mi mayor pena. Si ella estaba viva, seguramente debimos de buscarnos mutuamente a través del inmenso laberinto de Londres; quizás a unos pasos el uno del otro, distancia suficiente, en una calle de Londres, para crear una separación eterna . . . ¡la busqué con desesperanza. Sí, durante años!"

Contrariamente a la *flânerie* o al paseo, la errancia nunca es un placer. Es una obligación a la cual sucumbimos sin saber por qué, expulsados de nosotros mismos. Ella no conduce a ninguna parte. Es el fracaso.

Notas

Notas, Entrevistas y Reflexiones